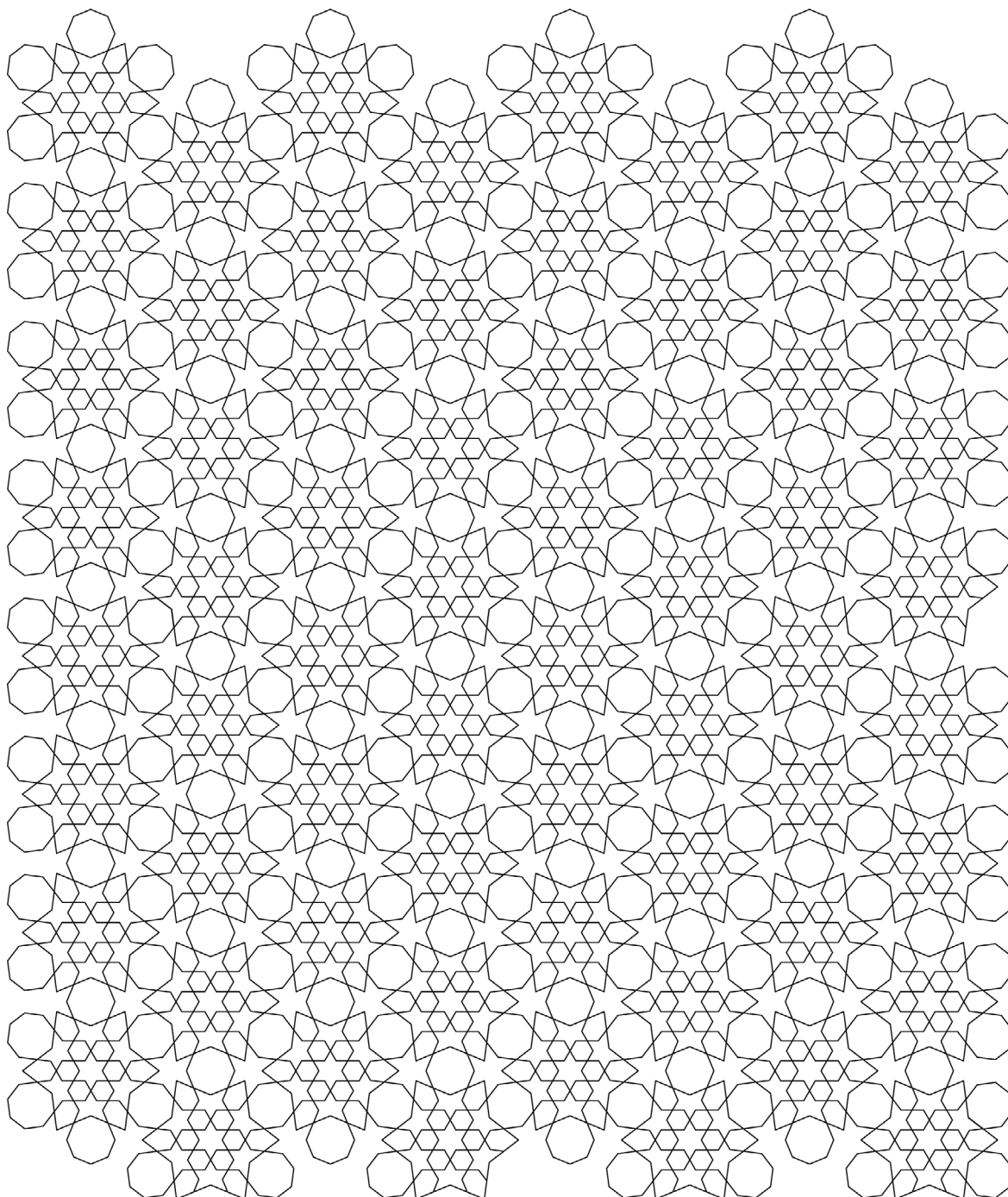


⋮

LA CUALIDAD DEVELADORA DE LA IMAGINACIÓN: EN BUSCA DE LOS TESOROS DE LOS COLORES

Ana Crespo



Resumen: Abordamos el significado simbólico del color en Ibn ‘Arabī, planteando la relación entre color, imaginación y *Luz Muhammadi*, y la importancia de los diseños cromáticos, forma, ritmo y armonía, en la recomposición de la *Luz Muhammadi* y en la culminación del viaje interior.

Se revisan conceptos akbaríes desde la óptica de las artes plásticas y del creador actual. Metodología creadora, percepción o intención creadora están en la base de la sutil cosmología del maestro.

Junto a una presentación general de la casuística del color, ahondamos en un recorrido en diferentes niveles simbólicos de ciertos colores en un viaje imaginal de develamiento a través de diferentes esferas cromáticas y universos simbólicos de estos colores, cuyas variadas cualidades se activan en contacto armónico con otros colores.

Profundizamos en la cualidad simbólica del color rojo y en la función esencial de la *himma*, voluntad espiritual creadora, en este viaje interior de develamiento, en el que Ibn ‘Arabī alienta a avanzar sin detenerse en el embeleso de los estados, hacia la estación radiante del Azufre Rojo, el ser convertido en pura creatividad transformadora.

Palabras clave: color, Ibn ‘Arabī, Imaginación, *Himma*, Azufre Rojo, *Luz Muhammadi*.

* * * *

“Creó el Agua – ¡exaltado sea! – en estado de escarcha congelada como una perla, por su redondez y blancura. Puso en potencia las esencias de los cuerpos y de los accidentes. Luego creo el Trono e instaló el Nombre “el Misericordioso” en él (C 20,5). Colocó el Escabel y apoyó los dos pies en él. Entonces miró con el ojo de la Majestad aquella Perla, que se fundió de pudor. Se disgregaron sus partes y se resolvió en agua. (...) La densidad de esta Agua contiene la mayoría de las cosas¹.”

Con este bello fragmento del prefacio de *Las iluminaciones de La Meca* de Ibn ‘Arabī aludimos a la relación esencial entre amor, visión e Imaginación. El artículo recoge una parte de nuestra conferencia impartida en el segundo simposio internacional de MIAS-Latina “Símbolo e imaginación creadora”, cuyo tema abordamos desde la analogía con las artes plásticas. La voluntad creadora, *himma*, guía la imaginación que es la facultad capaz de dar forma a las esencias para desvelar sus múltiples contenidos simbólicos. A través de la imaginación creadora, el ser devela los diferentes velos y coberturas del corazón, en un viaje en busca de la Fuente radiante de los colores. En este fragmento de *Las iluminaciones de La Meca* encontramos también una alusión a esta intensidad ardiente y creadora del rojo, capaz de derretir los diferentes velos que dan a conocer la belleza múltiple, cambiante y recurrente de la creación.

¹ Ibn ‘Arabī, *Las iluminaciones de La Meca*, trad. V. Palleja, Siruela, Madrid, 1996, p. 44.

Por un lado, nuestro artículo se centra en la cualidad ardiente y creadora del color rojo y su relación con la imaginación y, por otro, en ese viaje develador de la Imaginación y la importancia de los diferentes centros y órganos sutiles de conocimiento. Cada uno de estos centros hace referencia a una cualificación o finura de percepción y cada uno de ellos viene anunciado por luces de colores, cuyo rango de matices puede variar de un maestro a otro.

Cuando nos asomamos al legado akbarí desde la óptica de la creación en las artes plásticas, es sorprendente la magnitud de las posibilidades que se abren ante nosotros, incluso referidas a metodología e intención creativa.

En Ibn ‘Arabī, símbolo e imaginación creadora son cuestiones importantes que están en la raíz y en la base de su sutil cosmología. A través de la Imaginación creadora el iniciado retorna a su Origen y lo hace imaginando cada vez formas más luminosas, más radiantes. Conoce a Dios en su visión de Él. Esta visión contemplativa es el regalo que recibe el amante por su atenta y constante vigilancia amorosa.

Los mismos principios que sustentan la explicación del proceso de cosmogénesis, así como los métodos de retorno al centro divino, guardan una relación analógica con el proceso de creación artística, desde el primer movimiento que se inicia en el anhelo divino de ser conocido y que se prolonga en el acto contemplativo.

A partir de este anhelo creador se desencadena todo un campo de acción en el que intervienen diversos sistemas también analógicos con el arte, ya sean duales (como la inspiración-creación, receptividad-actividad, luz-oscuridad, fluido-denso), ternarios, o cuaternarios que se articulan con los cuatro elementos y procesos de la naturaleza.

El porqué de la creación en el sufismo se sitúa en el anhelo de Dios de ser revelado. Este anhelo contiene el principio del paso de la oscuridad primordial a la luz. Los Atributos son desplegados, el Tesoro es revelado para satisfacer el anhelo de contemplación.

En el corazón humano están contenidas las infinitas potencialidades de revelación, “ni los cielos ni la tierra Me contienen, pero Me contiene el corazón del creyente”, reza el célebre hadiz divino. Tal como la semilla, en su estado de dureza, contiene el germen de los deliciosos frutos, el ser humano reúne las infinitas y bellas potencialidades de los Nombres divinos. Éstas son desplegadas a través del Sople del Compasivo, *al-Rahmān*. La relación entre Unidad y multiplicidad se resume en la relación entre el Uno y Su Nombre, El Compasivo....²

2 “Por eso se les ha dicho [a los siervos]: «Di: ¡Invocad a “Dios” o invocad al Compasivo!». La invocación significa la relación [de los siervos] con Él para que se beneficien según el nivel de sus conocimientos, los cuales se encuentran englobados en Su Nombre el Compasivo. El Nombre el Compasivo incluye todos los Nombres Bellos, excepto «Allāh», que es el Nombre que posee todos los Nombres

El ser humano fue creado como un espejo en el que Dios pudiera contemplarse a sí mismo y admirar la belleza de Su creación: “La instalación de Dios sobre el Trono es equivalente a la instalación de Dios en el corazón, salvo que Su instalación sobre el Trono es en Majestad, mientras que Su instalación sobre los corazones es en Belleza”³.

El ser humano tiene la potencialidad de reflejar la Belleza divina mediante el testimonio, la servidumbre o la develación de Sus Bellos Nombres. En el opúsculo *Epístola sobre la unificación cósmica*⁴, Ibn ‘Arabī simbolizó el ser humano bajo la forma de un árbol con unas profundas raíces que se hunden en la tierra y con un tronco recto y firme cuyas ramas se despliegan elevándose hacia el cielo. En el texto, el árbol prosigue presentándose a sí mismo y enumerando sus características, entre ellas dice: “Yo soy el frescor del ojo de Moisés”. En el texto, al que nos referiremos más adelante, en relación al color, encontramos alusiones a esa cualidad develadora de la Imaginación.

Podríamos decir que el árbol humano es un árbol de sabiduría y conocimiento, desde cuyo centro la Imaginación “despliega” el saber, ramificaciones que son conexiones creadoras. No se trata de alcanzar un saber externo y desconocido, sino de “desplegar” el germen que lo contiene. La extensión del árbol que crece fuerte y vigoroso es símbolo de la fertilidad creadora. Creándose se recuerda, recuerda todo el saber contenido en sus semillas, y que la cualidad de la Imaginación devela. El frescor del ojo de Moisés es el ojo de la Imaginación divina viéndose a sí misma, en un brotar continuo:

“Cuando aparece mi Amado
¿Con qué ojo yo Lo veo.
Con Su ojo, que no el mío,
¡pues no Lo ve sino Él!” (Ibn ‘Arabī)⁵

El pensamiento, la Imaginación, es una acción a través de la cual se da existencia a las realidades. El que imagina lo inexistente abre una vía, abre un nuevo camino por el que otros

Bellos, incluido el Compasivo”. Ibn ‘Arabī, *Kitāb al-Ġalāl wa-l-ġamāl* (El libro de la Majestad y la Belleza), trad. por J. M. Puerta, *Historia del pensamiento estético árabe*, Akal, Madrid, 1997, p. 790.

3 Kubrā, *Les éclosions de la Beauté et les parfums de la Majesté (Fawā’ih al-jamāl wa-fawātih al-jalāl)*, trad. P. Ballanfat, Éditions de l’Éclat, Nîmes, 2001, p. 181.

4 Ibn ‘Arabī, “Epístola sobre la unificación cósmica”, en *Le livre de l’Arbre et des quatre Oiseaux*, trad. D. Gril, en *Annales Islamologiques*, 17, 1981, pp. 53-111. En la traducción, D. Gril lo titula *Epístola donde se enseña cómo la criatura reencuentra su unidad*. Existe otra traducción: A. Jaffray, *The Universal Tree and the Four Birds*, Anqa Publishing, 2006. Nos hemos basado en la traducción de D. Gril aunque hemos tenido a la vista la traducción inglesa.

5 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt* I, trad. en J. Morris, “La Imaginación Divina y el Mundo Intermedio: Ibn ‘Arabī y el *Barzaj*”, *Postdata*, n.º.15, p. 46.

podrán transitar, despliega las formas que están en potencia en el Universo. Quien imagina, transforma el universo, lo imaginado se vuelve existente y facilita que, en cualquier lugar del mundo, otros hombres o mujeres visualicen esa imagen.

El universo está contenido en el corazón del ser humano y sus posibilidades son tantas como imagina. Imaginar es desplegar el conocimiento ya contenido en la semilla del corazón. El ser humano al caminar devela, se devela a sí mismo y da existencia a sus potencialidades del cual él es un recipiente único. Al recorrer la Tierra interior realiza su destino, produce formas en las que la divinidad se despliega. Cuando el árbol extiende sus ramas hacia el infinito y reverdece, nace entonces el fruto nutritivo de la contemplación.

La Esencia se revela en el corazón humano desbordándose en una continua autorrevelación. Esta efusión creadora es una Luz que se derrama incesantemente pero, dependiendo de la atención, la vigilancia del ser (receptividad) y la cualidad de pulimento de la superficie de su corazón, tendrá un “modo” particular de percibir dicha emanación. Estos modos de percepción hacen referencia a lo que ha venido a llamarse, la teoría de los centros sutiles o *latīfa-s*. Escribe Ibn ‘Arabī en *Futūḥāt*: “La señal del amor divino es el amor a todos los seres en cada dominio espiritual, sensorial, Imaginal e imaginario. Cada dominio tiene un ojo que recibe de Su Nombre Luz, un ojo en el cual mira a su nombre Belleza”.⁶

Si la receptividad no es plena, esa efusión, en vez de percibirse como un flujo, se percibe como pequeños destellos. Algo así como las hojas de un árbol que, poco a poco, van cayendo sobre una superficie o como gotas de rocío que se depositan en el corazón. Las características de la condición creatural, es decir, de las cualidades menos sutiles del ser humano y que corresponden a la dimensión constitutiva de la existencia, actúan como un velo que vela lo que el corazón contiene. El ser humano en determinados instantes de lucidez percibe destellos, reflejos de esa Luz emanada. La cualidad divina de la Imaginación toma estos contenidos y los inviste de forma, dándoles existencia y tornándolos explícitos. Al velarlos bajo una nueva forma, devela los velos que ocultan esa divina belleza alojada en el núcleo del corazón.

“La dádiva divina
consiste en descubrir el mismo velo
con cuyo encubrimiento
la esencia de los dones ha cifrado” (Ibn ‘Arabī)⁷

6 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt II*, 113. 6.

7 Ibn ‘Arabī, poema procedente de las *Futūḥāt*, trad. Pablo Beneito en *La taberna de las luces*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 2004, p. 17.

Para encontrar esta Joya de Luz, el ser humano cuenta con una herramienta de precisión, la *himma*, que para Ibn ‘Arabī significa la voluntad espiritual, la fuerza concentrada de la Intención.⁸ La intención, la intención creadora, es como un cuchillo afilado y preciso que va trillando un camino, abriéndose paso entre los velos de las diferentes capas. Éstas se vuelven cada vez más sutiles a medida que se avanza hacia el centro del corazón. La intención (*himma*) es como la mirada certera que guía la flecha del arquero para alcanzar el centro de la diana, guiando en dirección al núcleo. La intención es como un fino bisturí, penetrante y preciso. La Inteligencia atrapa los contenidos, como hacen las redes de un pescador⁹, y la Imaginación les da forma. La Imaginación también es penetrante, intensa y a la vez sutil, flexible y veloz; encuentra las Esencias (los Tesoros) que la Inteligencia “atrapa”, las multiplica y les da existencia bajo infinitas formas. La Imaginación hace aflorar al exterior o hace descender las Esencias, las recoge y las vierte sobre el plano de tierra, transformando el plano terrestre en divino: “los ojos del hombre corriente se detienen en el estatuto de las cosas, mientras que quienes tienen la iluminación del develamiento no ven en las cosas más que a Dios (...), la mayor iluminación en este campo es que la visión de Dios sea la visión misma del mundo”.¹⁰

La Imaginación es una luz que ve e inviste de forma a los Tesoros, que de esta manera son velados a la par que develados, y con esa cualidad extrae la joya luminosa entre montones de capas (las modalidades constitutivas de la existencia) entre las que yace escondida. Escribe Ibn ‘Arabī¹¹: “De modo que la Imaginación ha dado forma a Aquél que de acuerdo con los argumentos del intelecto no puede de ninguna forma ser concebido ni recibir forma alguna”.

Al mirar las formas con el ojo divino de la Imaginación, las esencias o los Tesoros son traídos a la existencia. Y tal como la Perla se funde de pudor bajo la mirada del ojo de la Majestad, cuando la cosa es mirada, con una mirada de Luz se derriten los velos que la ocultan. Cuando la cosa es mirada a través del ojo de la Imaginación divina, se funden sus capas terreas y se muestran los Tesoros. Y luego los contenidos al ser develados son velados bajo una nueva forma. “De modo que tú solo te desprendes de las formas al atraer otras nuevas” escribe Ibn ‘Arabī¹². La Imaginación es como un imán que extrae la dimensión interna y la derrama sobre la tierra haciendo descender los Tesoros, “debéis esforzaros para que

8 V. Ibn ‘Arabī, *Guía Espiritual*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1990, p. 102. V. Ibn ‘Arabī, *Epístola de las luces (Risālat al-anwār)*, trad. por R.T. Harris, *Viaje al Señor del Poder*, Sirio, Málaga, 1986. El término *himma* Chittick (1998) lo define en *The Self-Disclosure of God* (p. 317) como “el poder de la concentración a través de la cual el buscador se centra en lo Real”.

9 Véase Kubrā, *Les éclosions de la Beauté et les parfums de la Majesté*, *op. cit.*

10 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, II, pp. 507-508, trad. por C. Addas, *Ibn ‘Arabī o la búsqueda del Azufre Rojo*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1996, p. 144.

11 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt I*, trad. en J. Morris, “La Imaginación Divina...”, *op. cit.*, p. 47.

12 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, 63, en J. Morris, *op.cit.*, p. 44.

vuestros pensamientos sean dignos de alabanza (...), y entonces vuestra forma en el mundo será hermosa”, escribe Ibn ‘Arabī¹³.

La Imaginación es la cualidad penetrante del fuego de la llama, la “Zarza Ardiente” como en la visión de Moisés, que ve la realidad de las cosas y permite florecer los Tesoros. Es el “rojo” que ve el “verde”, es decir la llama de la visión divina que produce la “visión esmeralda”. José es descrito por Ibn ‘Arabī como un Jacinto rojo. José es el intérprete de los sueños y de los signos diacríticos y mora en la esfera de Venus, y es allí donde viajan los poetas y artistas para descifrar, develar y recoger los tesoros guardados en las formas.

En la Epístola de las luces escribe Ibn ‘Arabī: “Si tampoco aquí te detienes, se te revelará el Mundo de la formación (*taṣwīr*), de la ornamentación y de la belleza. Conocerás las formas puras y los alientos vitales (...), lo que concierne a las formas bellas, la armonía y la propagación de la luz, la dulzura y la gracia que hay en todo o que les relaciona. De esta presencia (*ḥadra*) procede la inspiración de los poetas, en cuanto a la inspiración de los oradores proviene del Cielo anterior”¹⁴.

Allí, en la esfera de Venus, cuenta Ibn ‘Arabī en las *Futūḥāt*¹⁵, el viajero recibe de José las ciencias de la Imaginación activa, aquellas que permiten tanto descifrar los secretos contenidos en las formas, como corporeizar los significados en formas hermosas.

La Imaginación es el calor del fuego que hace brotar el verde sanador. Un jardín en medio de tantos fuegos. El rojo que recibe el blanco y hace germinar el verde.

Las ciencias de la Imaginación creadora se reciben en la esfera del bello José, cuya radiante belleza se manifestó en el rojo: “Al aparecer por su puerta José, más hermoso que la luna llena las damas quedaron tan sorprendidas de su perfección que ya no pudieron distinguir la fruta de sus dedos y el mantel quedó teñido de sangre”, escribe Jami¹⁶.

Esa sangre roja en el mantel es el testimonio del blanco sobre el plano de tierra, es la cualidad develadora de la Imaginación que permite germinar el verde de la Tierra Maravillosa. Y esa es justamente la función del artista, teñir lo invisible para ser percibido sobre el plano del cuadro. Las mujeres no reconocían la belleza de José, pero el mantel teñido de rojo es testigo

13 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt* IV, 420. 1, citado por W. Chittick, *Mundos Imaginales*, Alquitara, Madrid, 2003, p. 203.

14 Ibn ‘Arabī, *La Epístola de las luces*. Hemos tenido en cuenta la bella traducción de Asín Palacios, *El Islam cristianizado*, op. cit., p. 442, y la traducción de M. Vieira, *Epístola das luzes*, Al Barzakh, 2009.

15 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, III. 275, trad. G. G. Anawati, « L’alchimie du bonheur de Ibn ‘Arabī », *Revue de l’Institut Dominicain d’Études Orientales du Caire : Mélanges* 6, 1945-61, p. 362.

16 Jami, *Yūsuf y Zūlaykha*, trad. M. Bayat y M. A. Jammia, *Historias de la tierra de los sufíes*, Sufi, Madrid, 1995, p. 194.

de ella. El blanco por su extrema pureza no puede ser contemplado y solo puede ser percibido a través del rojo. El rojo es una mezcla entre el blanco del *Ġabarūt* y el negro de la materia. El rojo es la capacidad transformadora del corazón, corazón encendido e incendiado cuya llama permite la visión interior. El rojo es el ala del ángel Gabriel,¹⁷ enlace entre lo espiritual y lo sensible, la mejilla sonrojada de la enamorada. El rojo, es el color del dátil maduro del que se alimenta Maryam cuando le llegan los dolores del parto. Rojo es el fruto de la contemplación, que recibe el corazón embriagado de la Amada. Es el rojo ardiente de la visión de la *Žarza en llamas* en el milagro de Moisés, rojo de la visión divina. El rojo es la energía transfiguradora de la Imaginación que devuelve a las formas su dimensión verdadera, el intenso perfume de la rosa alquímica, el corazón de la Piedra Roja. Es el Elixir Bendito, Azufre Rojo, capaz de sanar y transformar los corazones. El enrojecimiento del corazón es el estado contemplativo que le capacita para recibir las Imágenes: *Qālab* (enrojecer) hace referencia a esa cualidad transmutadora del corazón¹⁸. Enrojecer es la alegoría de un proceso sufi asociado también más tarde con la idea alquímica del Elixir Rojo (*al-Kibrūt al-Aḥmar*). El propio Ibn ‘Arabī es calificado muchas veces de *al-Kibrūt al-Aḥmar* (Azufre Rojo) por sus discípulos y seguidores.¹⁹ “El amor es una llama que quema todo salvo el Amado”, escribe Jami, y este quemar hace referencia a la cualidad develadora de la Imaginación que derrite los velos para mostrar cada vez una belleza más radiante. Es la cualidad del Rubí Rojo, del Elixir bendito. El rojo es la fuerza concentrada de la intención creadora que permite realizar el viaje a través de los colores, arco iris interior que surge del negro y al Negro retorna. El rojo Rubí tiene la cualidad de transmutar la sustancia en Oro. Ibn ‘Arabī, llamado en ocasiones Azufre Rojo, entre todos los colores eligió el blanco. Ibn ‘Arabī, corazón enrojecido, amante del blanco, viajero de la Tierra verde, con el rostro ennegrecido, corazón fluctuante en la coloración de los estados, por la blanca pureza de la causa se invistió de rojo. Tener la cualidad del Azufre Rojo es tener el poder de iluminar y sanar los corazones ensombrecidos, transformar las imágenes enturbiadas en Imágenes divinas. Escribe Ibn ‘Arabī:

“Pero los corazones están, eterna e intensamente, por su naturaleza primordial, brillantes, puros y resplandecientes (espejos de Dios). De esta manera, cada corazón en donde la presencia de Dios se manifiesta como la Teofanía de la Esencia divina (*al-tağallī l-dātī*) o (como los místicos lo denominan) “el Rubí Rojo”, esto es el corazón del ser humano perfecto, el (verdadero) conocedor (de Dios) él (puro) contemplador (de Dios) y no hay ninguna teofanía más alta que ella”²⁰.

17 Suhrawardī, *El arcángel teñido de púrpura*, trad. por H. Corbin en *El encuentro con el Ángel*, Trotta, Madrid, 1976.

18 Numerosos esoteristas musulmanes han subrayado la homonimia en el léxico entre “corazón” y transmutación. P. Lory, “Hacia el corazón de piedra: La búsqueda en la Alquimia islámica”, *Axis Mundi*, 2, 1997, p. 45.

19 C. Addas, *Ibn ‘Arabī o la búsqueda del Azufre Rojo*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1996, p. 5.

20 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt II*, 84.

El viaje develador del ser por la propia tierra, es un recorrido en busca del Azufre Rojo. El ser humano viaja a través de la tierra, y cuando sus pasos son guiados por una intención lúcida, permite florecer su propio paisaje interior, tal como un campo es arado para que nazcan los frutos. En este trayecto, viaje de develamiento, no debe detenerse ante nada hasta que es finalmente aniquilado.

En la *Epístola de las luces* Ibn ‘Arabī describe las diferentes etapas del recorrido, alentando en cada una de ellas con estas palabras: y “si no te detienes” “alcanzarás...” y “si no te detienes...” y una a una, va mostrando las maravillas que aguardan al viajero y que debe abandonar hasta que es extinguido: “Y si no te detienes con eso Él te revelará al que mueve la Pluma, la mano derecha de la Verdad. Y si no te detienes con eso, serás erradicado, retirado, destruido, aplastado, extinguido”²¹.

El místico ha de caminar sin detenerse en el embeleso de los estados. Para alcanzar la Fuente de la Vida se requiere un estado de fluidez y blandura y si por el contrario el viajero cree que ha llegado al final, esta cualidad fluida se cristaliza y endurece, y entonces, tal como le ocurre al aventajado jugador que cae en la trampa en el Juego de la Oca, el peregrino debe retroceder hasta el inicio o sea al principio del viaje interior y recobrar el estado de ductilidad y predisposición.

En *El adorno de los Sustitutos (Abdāl)*, Ibn ‘Arabī cita la existencia de un tipo de místicos a los que denomina “Gentes de la estupidez iniciática”, que son aquellos que incapaces de la discriminación intuitiva, confunden su yo individual con su Yo trascendente, con lo cual suponen que han alcanzado el final de la vía. La estupidez iniciática consiste en detenerse en el viaje, esto contrasta con lo que les sucede a “las Gentes del *anniyya*” que se expresan afirmando el *ittiḥād*, la unión entre el yo y el Yo²². La *Huwiyya* (la identidad suprema) es la condición trascendente del Supremo Ser y la *anniyya* la afirmación inmediata en el Yo autónomo.

Para Ibn ‘Arabī el más perfecto de los estados es la permanente fluctuación de un estado a otro, *talwīn*, una receptividad plena, y apertura a las diferentes manifestaciones y que se expresan en un vibrante fluir cromático: “*Talwīn* [significa] «Coloración; cambio de aspecto, es el desplazamiento del siervo de un estado a otro. Para la mayoría [de los que utilizan el término] representa una etapa incompleta. Para nosotros, es el más perfecto de los estados. En él, el estado del siervo es el estado que dice el Más Alto. “cada día está ocupado en una nueva empresa” (C. 55:29)”²³.

21 Ibn ‘Arabī, *Epístola de las luces (Risālat al-amwār)*, trad. por R.T. Harris, *Viaje al Señor del Poder*, op. cit., p. 44.

22 Cf. Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, cap. 73, citado por Vâlsan en las notas aclaratorias sobre el texto: Ibn ‘Arabī, *La parure des Abdāl*, op. cit., p. 22.

23 Ibn ‘Arabī, *Terminología sufi (Al-Isṭilāḥāt al-ṣūfiyya)* trad. con el mismo título en *Guía Espiritual*, Editora

Justamente la función del artista está vinculada con la fluidez receptiva de un lado y la voluntad creadora del otro. Su función se vincula con el movimiento, con el caminar y el recorrer la tierra, sin detenerse ante nada. Cuando el ser humano, dentro de una cultura concreta (que son las formas o expresiones culturales con los que los ancestros han teñido sus inspiraciones o revelaciones) asume el papel de artista, adquiere una responsabilidad frente a sí mismo y frente al universo. La función del artista es caminar, caminar hacia la búsqueda del Tesoro, guiado por la intuición, con la intención clara y sin desaliento. Y a través del acto de caminar, el artista devela y revela. Levanta velos que muestran, en cada develamiento, un Tesoro más luminoso, más radiante. Dice Ibn ‘Arabī:

“Dios me hizo contemplar la luz de la intuición y la aparición de la estrella de la trascendencia y me dijo: En el interior de la Evidencia y de la intuición me escondo de quien se contente con los velos”.²⁴

La forma artística es un contenedor del “Tesoro” y el artista un escanciador del vino, que exhala los aromas y ofrece el licor embriagador. El artista, creador en cualquiera de sus particularidades, asume una función de escanciador de Tesoros almacenados en las formas, en los olores, sabores, colores., colores que también son cofres de tesoros²⁵.

A través de la cualidad develadora de la Imaginación el ser humano contempla los “Tesoros” en su manifestación Imaginal. En primer lugar se producen las contemplaciones de las formas y las imágenes, y después aparecen los colores²⁶. La develación de los colores interiores testimonia el proceso de reintegración a la Luz. El desarrollo de los centros sutiles se anuncia a través de luces de colores.

En el viaje de retorno a la Unidad la Imaginación, devela los distintos colores internos, particulares difracciones de la Luz, que al atravesar los sucesivos recubrimientos del corazón, según la diferente sutileza de éstos, adopta un determinado color. Los colores nacen de este encuentro entre la luz y la sombra, tal como ocurre con la luz del sol que al atravesar la nube difracciona en los colores del arco iris, así la *Luz Muhammadí* difracciona en el interior del ser produciendo diferentes coloraciones. Y aunque éstas varían según la particular resistencia

Regional de Murcia, Murcia, 1990, p.100.

24 Ibn ‘Arabī, *Las Contemplaciones de los Misterios*, ed. P. Beneito, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1994, p. 43.

25 Kermani, en su obra *El libro del Jacinto Rojo*, presenta una exposición sobre la función cosmológica, mística y esotérica del “color” en general y específicamente del color rojo. Kermani realiza un camino ascendente a través de las distintas esferas o resonancias internas del rojo, a la búsqueda de los tesoros del rojo.

26 Kubrā, *Les éclosions de la Beauté et les parfums de la Majesté... op. cit.*, p. 148.

u opacidad del material, simultáneamente mantiene intacta su cualidad. Ibn ‘Arabī es muy explícito en este sentido: “Por lo tanto, esa luz es demasiado exaltada en sí para aceptar la coloración de su propia esencia. Por el contrario, somos testigos de que está libre de aquello. Pero también sabemos que no puede ser percibida de ninguna otra manera”.²⁷

Cada una de estas difracciones, que también podríamos denominar *sombras* de esa primera emanación, constituye las distintas moradas interiores o los cielos de colores. Cada color o cada faceta de esta *Realidad Muhammadi*, es actualizada en un momento histórico por un determinado profeta interior, un profeta que tiene la función de traer a la existencia una cualidad de la Luz. Cada color es una faceta de lo posible, un estado intermedio en la escala de despliegue y repliegue de la Unidad. Dice Ibn ‘Arabī:

“Mirad ¡Que Dios tenga misericordia de vosotros! (dije señalando a Adán). La Esmeralda blanca que el Misericordioso ha depositado ya en el primero de los padres! ¡Mirad hacia la Luz manifiesta! (Dije señalando al segundo padre que nos llamó musulmanes). ¡Mirad hacia la Plata pura! (y señalé a quien cura ciegos y leprosos con permiso de Dios como viene dicho en el Texto) ¡ Mirad la belleza del Jacinto rojo del Alma Universal y señalé al que fue vendido a bajo precio). ¡Mirad la rojez del oro puro (y señalé al Lugarteniente poderoso) ¡Mirad hacia la Luz del zafiro amarillo en la oscuridad (y señalé a aquel a quién le fue dado el don de la conversación divina)²⁸.

Cada etapa está vinculada con un color y un profeta interior que orienta al aspirante en su recorrido a través de esa morada²⁹, los colores son un lenguaje propio que comunica la etapa develada, escribe Ibn ‘Arabī: “Quienquiera que se dirige hacia estas luces, hasta que desvela los secretos del camino que conduce hacia ellas, conoce el nivel exacto en el que ha sido llevado a la existencia, constata cuál es su estación divina y ante Él se prosternan. Pues Él es el Señor y el vasallo, el amante y el Amado”³⁰.

27 Ibn ‘Arabī, (*Futūḥāt*, IV, 202.6) citado por W. Chittick, *Mundos imaginables...*, *op. cit.*, p.18. El texto completo comienza así: “Decimos algo similar en el caso de un trozo de cristal coloreado en muchos tonos cuando lo atraviesa la luz. El rayo de luz se difunde en diversos colores debido a las propiedades de la coloración del cristal. Pero sabemos que la luz misma no ha sido coloreada por ninguno de esos colores, aún cuando la percepción de los sentidos presencia la coloración de la luz en diversos tonos” (trad. p. 35, en *Mundos Imaginales*, Madrid: Mandala, 2003).

28 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, trad. en *Las Iluminaciones de La Meca*, *op. cit.*, pp. 52-53.

29 V. Ana Crespo. *Los Bellos colores del Corazón. Color y Sufismo*, Mandala, Madrid, 2008, Tomo I, Sexta parte, capítulo: Simnani. Siete colores, siete miradas.

30 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, trad. en *Las Iluminaciones de La Meca*, *op. cit.*, pp. 52-53.

Cuando todos estos colores son develados³¹ se activan y armonizados entre ellos, se produce la experiencia de irradiación luminosa. Por ello la armonía es una condición del Hombre Perfecto. La armonía está en la base de cuestiones aparentemente tan complejas como la *Luz Muhammadí*³² o la teoría de las *laṭīfa-s*³³, sutilezas o puntos de luz del ser humano.

También se relaciona con el *adab*, la cortesía espiritual, cada morada o estación tiene un modo de ver y conocer que le es propia, y precisa de ciertas cualidades y unas particulares reglas de caballería espiritual (*Futuwwa*), para realizar esa morada.

La armonía y el *adab* son elementos clave para entender la función del color como mediador: el color como medio de vasallaje a la Dama Luz. Para el sufí, el ser humano es el custodio de un valioso Tesoro que es su propia dimensión de luz interior. Este Tesoro o Principio es simbolizado en las novelas místicas de caballería como la Amada a la cual el caballero

31 Las etapas y moradas internas, están vinculadas con la fenomenología del color y ha sido abordado ampliamente en la literatura, también a través de cuentos y alegorías. V. por ejemplo Attar, *La conferencia de los pájaros*, Gaia, Madrid, 2002; Kubrā, *Les éclosions de la Beauté et les parfums de la Majesté (Fawā'ih al-jamāl wa-Fawā'ih al-jalāl)*, trad. P. Ballanfat, Éditions de l'Éclat, Nîmes, 2001; Nezami, *Les pavillons des sept princesses*, trad. Barri, Gallimard, Francia, 2000; Shabistari, *La Rosaleda del Misterio*, publicado como *Es nuestra rosalada*, Sufi, Madrid, 1996. Sobre las esferas microcósmicas v. también, Nuri, *Moradas de los corazones*, ed. L. López-Baralt, Trotta, Madrid, 1999. V. nuestro libro *Los Bellos...* tomo I, Sexta parte.

32 La *Realidad Muhammadí* es actualizada a cada instante a nivel macrocósmico en las distintas esferas del universo y a nivel microcósmico en el interior del ser. La existencia se escalona en planos descendentes, cada uno de los cuales arroja su sombra sobre la emanación inmediatamente inferior. La *Luz Muhammadí* es como la cúspide de un abeto cuyas sombras se ensanchan hacia la base. En cada nivel de las ramas se revela una particularidad de esta Primera Luz. V. *Los Bellos...* tomo I: Quinta parte. El encuentro entre la Luz y la Sombra. El nacimiento de los colores, cap. VII. La *Luz Muhammadí*: La perla blanca y los siete colores. Con relación al tema véase por ejemplo: Ibn 'Arabī, el prefacio de las *Futūhāt*, en castellano traducido en *Las Iluminaciones de La Meca*, trad. Palleja, Siruela, Madrid, 1996. V. especialmente pp. 52-54. V. Ibn 'Arabī, *Futūhāt*, II, pp. 273-279, cap. 167, traducido en *Ibn 'Arabī, L'alchimie du bonheur parfait*, trad. S. Ruspoli, Berg International, París, 1981. V. trad. G. Anawati, «L'alchimie du bonheur du Ibn 'Arabī» *Revue de l'Institut dominicain d'études Orientales du Caire: Mélanges* 6, 1945-61. V. Ibn 'Arabī, *Futūhāt*, III, especialmente pp. 443-444 citado en M. Chodkiewicz, *Le sceau des saints*, Gallimard, París, 1986, p. 89 (el tema de la *Realidad Muhammadí* está tratado en pp.78-94). Sobre el tema, v. también Ibn 'Arabī, *Fuṣūṣ al-ḥikam*, trad. R.W.J. Austin, *The Bezels of Wisdom*, Paulist Press, New York, 1980, p. 124. V. sobre el mismo tema 'Abd al-Karīm Al-Ġīlī, *El Hombre universal*, Mandala, Madrid, 2001; S. Murata, *The Tao of Islam*, State University of New York, Nueva York, 1992; T. Izutsu, *Sufismo y taoísmo*, Siruela, Madrid, 1993; A. Affifi, *The mystical philosophy of Muhyid-Din Ibn al'Arabī*, Cambridge University Press, Cambridge, 1939, p. 66.

33 Ver H. Corbin, "Les sept organes subtiles de l'homme selon 'Alāoddawleh Simnani" en H. Corbin, *Islam Iranien*, tomo. III Gallimard, París, 1972, p. 275 y ss. y J. Elias, *The Throne Carriers of God*, State University of New York Press, Nueva York, 1995. V. A. Crespo, *Los Bellos colores...*, tomo I: Sexta parte, cap. V. Simnani: Siete colores, siete miradas.

rinde fiel vasallaje. En este sentido se explica, un concepto tan señalado por Ibn ‘Arabī, como la “servidumbre”,³⁴ como fidelidad absoluta al “ser interior”³⁵ que es la manifestación del “Tesoro” en la particularidad individual³⁶. Cada ser humano posee una cualidad divina particular, un matiz cromático³⁷ del Secreto de la Luz, y a través del cual sirve a su Señor.

Realizar la servidumbre implica sinceridad³⁸ total en palabras, movimientos y quietud. Escribe Ibn ‘Arabī³⁹: “[La iluminación de la veracidad] es que tú no digas más que la verdad (*sidq*) y nada más que lo que existe realmente (*amr wāqī‘ muḥaqqaq*) sin añadir ni siquiera una partícula, y sin mentirte a ti mismo: Si tu discurso es de naturaleza tal, entonces es inimitable (*mu‘ǧaz*)”.

El viaje interior implica una orientación hacia la cualidad radiante o más luminosa del propio matiz. Paradójicamente la luminosidad se incrementa armonizándose⁴⁰ con el resto de matices, para recomponer la unidad indiferenciada de la Luz. Escribe al respecto Hakim Sanai⁴¹: “Dejad de hablar de colores, estados espirituales, ya que todos los colores son uno en la vasija de la Unidad”. Y en un sentido similar resulta oportuno destacar aquí el célebre texto de Ibn ‘Arabī⁴²:

34 Al igual que el Intelecto de Plotino, la *Luz Muhammadi* posee una relación de pasividad frente al Uno y actividad frente a la creación del mundo. La *Realidad Muhammadi* también posee esta doble cualidad que será denominada por Ibn ‘Arabī como pasividad (servidumbre) y actividad (Señorío). A este respecto, señala Chodkiewicz, los estudios relativos a la *Realidad Muhammadi* han evidenciado las influencias neoplatónicas y gnósticas. V. Goldhier, “Neuplatonische und Gnostische Elements im Hadīth” en *Zeitschrift für Assyriologie*, vol. 22, 1909, pp. 317-344, citado por M. Chodkiewicz, *Le sceau des saints*, p. 84.

35 A. Crespo, *Los Bellos colores...* tomo I, Tercera parte, cap. 3.1. Realizar la Servidumbre. El artista y la verdad (*al-Ḥaqq*).

36 A. Crespo, *Los Bellos colores...* tomo I, Segunda parte, cap. 6.2. Las cualidades activa y receptiva de los Nombres y la blandura del corazón.

37 A. Crespo, *Los Bellos colores...*, I: Sexta parte, cap. VI. Kermani: Los colores, huellas de lo divino. 6.7. La relación entre la Luz y el color: *Rabb* y *marbūb*. 6.9. *El ta’wīl* del color, a la búsqueda del Tesoro del color.

38 En este sentido es denominado el sufi, “hijo del instante”, pues su meta es aniquilarse en la Luz interior que fluye de él en cada momento, en esa continua emanación de la *Luz Muhammadi* que se manifiesta ininterrumpidamente.

39 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, cap. 16, citado por C. Addas, *Ibn ‘Arabī o la búsqueda del Azufre Rojo*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1996, p. 143.

40 V. A. Crespo, *Los Bellos colores...*, I: Sexta parte, cap. II, Armonizar los colores del alma: *el Taḡallī* y los patrones armónicos.

41 H. Sanai, *El jardín amurallado de la verdad*, Technipress, Madrid, 1985, p. 33.

42 Ibn ‘Arabī, en *La Taberna de la luzes* (trad. Pablo Beneito), *op. cit.*, p. 43.

“Capaz de acoger cualquiera
de entre las diversas formas
mi corazón se ha tornado:
Es prado para gacelas
y convento para el monje,
para los ídolos templo,
Kaaba del que en torno gira;
es las Tablas de la Tora
y es el libro del Corán.
La religión del amor
sigo adonde se encamine
su caravana, que amor
es mi práctica y mi fe”.

A través de la práctica espiritual el ser armoniza las diferentes *latīfa-s* o centros de percepción sutil, armoniza los opuestos cuya conjunción es la Unidad. Cada particularidad cromática es singular en el universo y cumple una función única en la danza cósmica universal, que además es actualizada en las múltiples relaciones con otros colores.

Desde este aspecto, para ahondar en el simbolismo del color en el sufismo, la cuestión sería qué relaciones de colores⁴³, cómo maximizar esas relaciones de colores o de qué manera la cualidad particular de un color puede ser enfatizada para servir a la manifestación luminosa. En la búsqueda de un dinamismo armónico en el que ritmo, flexibilidad, en una permanente fluctuación del corazón (*qalb*), confluyen en la recomposición de la *Luz Muhammadi*.

Los variados juegos cromáticos que se complementan en una sola composición armónica, son análogos a la manifestación divina en el corazón. Las composiciones cromáticas más allá de metáforas, son rituales de aproximación hacia Dios que permiten experimentar o saborear esa proximidad en sus diferentes planos internos.

Para bucear a través del cromatismo simbólico se tendrá en cuenta, además del matiz del color, qué implica una aproximación cualitativa horizontal⁴⁴, también sus distintos planos internos expresados también en el valor o brillo y la saturación. El matiz es la clave cromática que establece la diferencia entre un color y otro, en tanto el valor y la saturación indican los grados de luminosidad y pureza de un mismo matiz. Cada color contiene muchos

43 V. A. Crespo, *Los Bellos colores...*, I: Sexta parte, cap. II, 3: Los vínculos entre los colores: direcciones de orientación.

44 Debemos considerar no sólo el matiz cromático sino el valor y brillo del color y la saturación, algo que es muy común en la lengua árabe. V. A. Crespo, Vol. 1, Sexta parte, Preámbulo... y V.a. P. Ringgenberg, *L'univers symbolique des Arts Islamiques*, L'Harmattan, París, 2009, p. 347.

niveles simbólicos, tantos como aquellos que le separan de su Fuente de Luz. Cuando algunos de estos niveles o planos simbólicos, son considerados diferenciadamente, podrían resultar aparentemente opuestos, pero entre ellos conforman un todo armónico en continúa fluctuación. Sobre este aspecto recordamos las palabras de Ibn ‘Arabī: “*Talwīn* [significa] «Coloración; cambio de aspecto, es desplazamiento del siervo de un estado a otro. (...) *Tamkīn* [significa] «consolidación, estabilidad». Para nosotros significa estabilización del *talwīn*”.⁴⁵

Ambos aspectos se expresan formalmente en las artes plásticas, el *talwīn* mediante formas sinuosas, tales como arabescos⁴⁶, espirales rítmicas y un perfil variado y fluctuante que se entrelaza sin cesar.⁴⁷ En el *talwīn* el ritmo es esencial y las seriaciones, repeticiones y simetrías cromáticas, contribuyen a crear un *continuum* cromático oscilante. Largas cadenas engarzadas que proporcionan una idea de infinitud.

El *tamkīn*, por otro lado, es la estabilización del estado y se traduce en formas geométricas planas y contrastes de colores. En el *talwīn*, las transiciones sucesivas de colores de un estado a otro, bailan simultáneamente en el corazón del místico, en un vaivén en el que lo uno se hace múltiple y en el cual saborea al unísono las particularidades cambiantes de la luz. A través de las coloraciones de los estados, el místico experimenta diferentes vibraciones y cualidades de esta *Luz Muhammadi*.

Por otro lado, *talwīnāt*, que significa coloraciones, es una expresión sufi tradicional que designa todos los estados y condiciones psíquicas constantemente cambiantes de cada individuo, es equivalente a “transformaciones” (*taqallubāt*). Es además un significado cuya interferencia léxica⁴⁸, se asocia al término corazón (*qalb*) ya que estas transformaciones, al ser renovadas continuamente, en última instancia determinan toda la experiencia. Sobre el tema escribe Ibn ‘Arabī⁴⁹: “Es a través de estos Nombres que Dios aparece a sus sirvientes y es a través de Ellos que los sirvientes toman diferentes coloraciones [*talwīnāt*] de sus estados: por Ellos son Nombres de Dios, pero las coloraciones (del alma) están en nosotros”

45 Ibn ‘Arabī, *Terminología sufi (al-Iṣṭilāḥāt al-ṣūfiyya)*, op. cit., p. 100.

46 L. Bakhtiar, *Sufi...*, op. cit., pp. 98 y ss.

47 “Los tonos se reparten sobre la medida, regularmente o no; pueden llevarla al sucederse con rapidez o, al contrario, dejar vacíos vastos intervalos. Ora se comprimen, ora se alargan (...). Este juego de tonos con la onda sonora, esta hechura de la sustancia de la onda, la coincidencia y la oposición de los dos componentes, su tensión recíproca y su continua adaptación los unos a los otros, esto es lo que en música denominamos ritmo”. V. Zuckherhand citado en L. Bakhtiar, *Sufi...*, op. cit., p. 98.

48 V. A. Crespo, *Los Bellos colores del corazón*, cuarta parte II, 1. *Interferencias léxicas*.

49 Ibn ‘Arabī, citado por W. Chittick, *Mundos imaginales...*, op. cit.

El Ser divino por autofanía creadora se desborda de sí mismo y se refleja, en el corazón del místico, tiéndolo de multiplicidad oscilante de colores: “Lo Real no se revela a Sí mismo en una forma sin que el siervo se tiña de su color” escribe Ibn ‘Arabī⁵⁰.

Esta oscilación cromática también tiene una expresión diferente según las formas culturales o los gustos cromáticos de una determinada tradición o área geográfica y aquí incluimos nuestra cita:

“La potencialidad simbólica e interna de un color es revelada en el arte a través de diferentes asociaciones cromáticas⁵¹, y culturalmente, determinadas áreas o zonas geográficas manifiestan ciertas variaciones de la difracción de la Luz, encarnando con ello unos singulares matices cualitativos de esa diversidad y unidad de la Luz. A su vez estas asociaciones cromáticas presentan también un cierto patrón según un área geográfica determinada; De esta manera, los variados ritmos cromáticos, el deleite de las diferentes manifestaciones de las artes plásticas, según las distintas áreas geográficas, son como libros abiertos que regalan al espectador el conocimiento, mediante el paladeo y la contemplación, de la multiplicidad de matices y patrones de diversificación de la Unidad. Las diversas armonías o contrastes cromáticos significan también diferentes formas y patrones de aproximación o recomposición del Hombre Universal”.

Cada color contiene una cualidad particular de la Luz, que distribuye a través de la contemplación. Esta virtualidad o potencialidad se actualiza en un fluir rítmico y armónico con el resto de los colores y en el cual número y geometría son claves esenciales.

Los colores en función de la diversificación que suponen respecto a la unidad de la Luz, se podría decir que son analógicos a los números. Hay además pautas y vínculos cromáticos muy significativos. Se trata de estructuras numéricas cuya asociación de colores sigue unas determinadas pautas rítmicas, ya sea teniendo en cuenta la temperatura, el valor, el matiz u otra cualidad del color. Estas pautas o patrones expuestos, considerados desde su aspecto numérico, tienen un significado simbólico en sí mismo. Los colores, asociados a estas estructuras, varían, sin embargo, de una zona geográfica a otra. Hay un dicho sufi: “tiempo, lugar y gente” para explicar las sorprendentes variaciones de las formas, que se adaptan a la incesante efusión de la Realidad, en un instante determinado. Es decir, según la particular inclinación respecto a la luz del Sol, que produce difracciones diferentes de la Luz. En este fluir continuo de colores, el movimiento rítmico y cambiante reúne la Unidad

50 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt* III, 509.32 citado por W. Chittick, *Mundos imaginales...*, p. 202..., V. *Los Bellos Colores*, 2ª parte, VI, 6.4.

51 Sobre el tema de los patrones geométricos, hemos citado numerosos ejemplos en el Vol. 1, Sexta parte, señalamos aquí el interesante trabajo de S. Leite, *O simbolismo dos padrões geométricos da Arte Islâmica*, Ateliê Editorial, Sao Paulo, 2007.

y nuevamente la descompone para reunirla una vez más bajo una nueva forma “Tiempo lugar y gente” es por lo tanto al significado simbólico y espiritual de los colores, y a las descripciones cromáticas, que varían de un místico a otro, según su imaginario formal de su saber espiritual en su contexto o época concreta, o según su itinerario particular.

Los patrones y asociaciones cromáticas son diferentes movimientos de diversificación de la Unidad. Una combinación cromática significativa, por ejemplo, es la tétrada: rojo, blanco, verde y negro que simboliza los cuatro grados de la jerarquía de la existencia universal, a nivel macrocósmico y las cuatro fases de reintegración a la Unidad, a nivel microcósmico. Cuatro cualificaciones cuya reunión recompone la unidad del Hombre Universal, y que Ibn ‘Arabī en su *Epístola sobre la Unificación Cósmica (Risālat al-ittihād al-kawnī)*⁵² simbolizó con un Árbol y cuatro Pájaros: El Águila real, la Paloma torcaz, el Fénix extranjero y el Cuervo azabache, y que aluden⁵³ en sentido descendente, a cuatro Principios o Facultades cósmicas: *Intelecto Primero* (representado por el Águila), *Alma Universal* (la Paloma), *La Materia Primordial* (el Fénix), *el Cuerpo Universal* (el Cuervo). De este último se derivan los trazos de la existencia individual. Según Ibn ‘Arabī⁵⁴ todas las cosas existentes están comprendidas en cuatro nombres o cualidades, tanto en lo referente al mundo de los espíritus como al de los cuerpos. El mundo de los espíritus fue manifestado a partir de cuatro Atributos y éstos, a su vez, se manifiestan en cuatro principios que preceden a la aparición de los cuerpos.

Entre los cuatro colores, rojo, verde, blanco y negro, se establecen además, múltiples combinaciones cromáticas simbólicas, por ejemplo rojo, verde blanco, corresponde a tres Teofanías de Luz descritas por Ibn ‘Arabī y que preceden en su libro a la Teofanía de la luz invisible⁵⁵. También se establecen parejas simbólicas, cuyos emblemáticos encuentros, en ocasiones de identidad a la par que de oposición, manifiestan las potencialidades de sus cualidades. Estas diferentes combinaciones, parejas, triadas o tétradas, son contrastes esenciales en cuya reunión y oposición se encuentre el misterio de la Unidad.

En una composición cromática simultáneamente actúan varios vínculos cromáticos. Mediante la geometría del color y la forma, el artista sufi reactualiza y recrea visualmente la noción de *Tağallī*,⁵⁶ ininterrumpida irradiación luminosa de la Esencia, sobre todos los planos de la existencia.⁵⁷

52 Ibid.

53 Ibn ‘Arabī, *Fut.*, III 198, citado en D. Gril, *Le livre de l'Arbre et des quatre Oiseaux d'Ibn 'Arabī*, *op. cit.*, p. 67.

54 V. Ibn ‘Arabī, *Epístola sobre la unificación cósmica*, *op. cit.*

55 Ibn ‘Arabī, *El Libro de las Teofanías (Kitāb al-tajalliyāt)*, trad. por S. Ruspoli en *Le livre des théophanies de Ibn 'Arabī*, Les Éditions du Cerf, París, 2000, pp 195-199.

56 V. A. Crespo, *Los Bellos colores...* Sexta parte, Armonizar los colores del alma: el *Tağallī* y los patrones armónicos.

57J. L. Michon, *Luces del Islam*, Olañeta, Mallorca, 2000, p. 66.

La fluctuación vibrante del arabesco y la geometría del color y la forma discurren en un *continuum* cromático, que recrea el ininterrumpido fluir de la *Esencia Muhammadí*,⁵⁸ el manar armónico a partir de un centro irradiante, el bello equilibrio oscilante de continua manifestación de la Luz: Escribe Ibn ‘Arabī: “Has de saber que el Profeta es enteramente un rostro sin nuca, pues declaró: “Os veo detrás de mi espalda” [...] Cuando heredé de él esa estación (de la Luz), estaba yo un día dirigiendo la oración en la Mezquita de al-Azhar en Fez, y, estando en el mihrab, toda mi esencia se convirtió en un solo ojo; veía por todos mis lados lo mismo que veía mi alquibla. Nadie se escapaba a mi mirada, ni el que entraba ni el que salía, ni los que realizaban la oración detrás de mí (...).⁵⁹

Esta visión esférica, se precede de un equilibrio armónico de los centros sutiles de percepción, y a través de cuya armonía el alma se pacifica. La acción que realiza el místico dentro de su propia materia y espíritu, es análogo al del artista extrayendo la bella forma del trabajado. De ahí el cuidado de la técnica, el material y de la intención creadora del artista. Las formas bellas contribuyen a dilatar y armonizar los centros sutiles del contemplador, a la transformación del ser humano en un ser de luz. Esa cualidad del Hombre Perfecto, en la cual desaparece todo estatuto de espacialidad.

Las bellas formas, las bellas composiciones, suscitan una suerte de atracción que contribuyen⁶⁰ a despertar, dilatar y madurar el ser de luz interior. Unifica y reúne las formas y a la par las diversifica, en una composición equilibrada y diversa. El arte y la expresión creadora induce a develar y armonizar los colores internos, y contribuye así a la transformación del peregrino en un ser de Luz.

“Los colores, son actos de luz, actos y sufrimientos. En este sentido cabe esperar que nos ilustren sobre la naturaleza de la misma luz⁶¹”. Con esa intuición Goethe confluye con el sentido de la sura coránica: “Lo mismo acontece con todos los diferentes colores que ha creado sobre la tierra. Son signos manifiestos para aquellos que piensan en ello” (C. 16:13) Esta aleya, indica Martin Lings, es una clara referencia al recuerdo platónico del arquetipo divino: “el color como símbolo iniciático por medio del cual el corazón pueda intuir aquello que la razón no puede comprender”⁶².

58 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, I, p. 119, citado por M. Chodkiewicz, *Le sceau des saints*, *op. cit.*, p. 88.

59 Ibn ‘Arabī, *Futūḥāt*, I, p. 491 (cap.69) citado por C. Addas, *Ibn ‘Arabī o la búsqueda del Azufre Rojo*, pp. 152-153.

60 Kubrā, *Les éclosions de la Beauté...*, (§82), p. 168.

61 Goethe, *Teoría de los colores*, Consejo General de la Arquitectura Técnica de España y Celeste ediciones, Madrid, 1999. p. 51.

62 M. Lings, *Symbol and Archetype*, Suhail Academy, Lahore (Pakistán), 2000, pp. 29 y ss., y esp., p. 44. V. Goethe, *Fausto, Obras completas*, I, Aguilar. México, D.F., 1991, p. 1.166.

⋮

La literatura sufi alude al color desde este planteamiento, el color como mediación o señal en un itinerario hacia la dimensión lucida del ser, hacia el corazón profundo, allí donde manan sin cesar las luces de colores del núcleo⁶³.

La luz es saboreada a través de sus actos, los colores, que velándola la ocultan y velándola la manifiestan⁶⁴. El viajero deberá atravesar los distintos velos de colores, amarlos para alcanzarlos, olvidarlos para acceder a una Belleza aún más radiante, “hasta que finalmente viajas en la luz” escribe Kubrā⁶⁵. Estos velos son dimensiones maravillosas del ser que deberá también trascender. Nos dice Ibn ‘Arabī:

“Y si no te detienes con este atractivo, se te revela una luz en la que sólo te ves a ti mismo. Con ella se apodera de ti un gran embeleso y un profundo arrebatado amoroso y encuentras una felicidad con Dios que no has conocido nunca antes. Todo lo que hayas visto hasta entonces resulta pequeño ante tus ojos y tiembles como la luz de una lámpara⁶⁶.”

Hay un viaje hacia Dios y un viaje en Dios, el viajar no cesa. “Y si no te detienes con eso...” alienta a seguir avanzando Ibn ‘Arabī, al describir las maravillas alcanzadas en cada una de las diferentes etapas. En ese mismo sentido escribe en *El adorno de los Abdāl*⁶⁷:

“El asceta renuncia al mundo para obtener su valor; el que confía se pone en manos de su Señor para alcanzar la meta; el discípulo trabaja con entusiasmo para abolir su pena, el adorador pone su celo en la esperanza de acceder a la proximidad; ¡Pero la Verdad se revela sólo al que ha eliminado sus huellas y ha perdido hasta su nombre.”

Concluyo este escrito con estas palabras de Ibn ‘Arabī⁶⁸: “Hazme saber, amigo, hacia qué lugar quieres que te conduzca (...). Es a la ciudad del Enviado adonde quiero ir, a la búsqueda de la Estación radiante y del Azufre Rojo”.

63 V. Kubrā, *Les éclosions de la Beauté...*, *op. cit.*

64 V. Kermani en H. Corbin, *Templo y contemplación*, Trotta, Madrid, 2003, pp. 11-63.

65 Kubrā, *Les éclosions de la Beauté...*, *op. cit.*, p. 157.

66 Ibn ‘Arabī. *Epístola de las luces (Risālat al-anwār)* trad. por R.T. Harris, *Viaje al Señor del Poder*, *op. cit.*, p.47.

67 Ibn ‘Arabī, *La parure des Abdāl*, *op. cit.*, p. 21.

68 Ibn ‘Arabī, *El Libro del viaje nocturno*, trad. en C. Addas, *Ibn ‘Arabi o la búsqueda del Azufre Rojo*, p. 5.